

*Las confesiones de la carne**

Michael Foucault

Leonardo Bastida
Letra S, Sida, Cultura y Vida Cotidiana, A.C.

Tras casi cuatro décadas de que el mundo no tuviera noticias de nuevos textos de Michel Foucault, e incluso, por pensar que jamás se conocerían todas aquellas anotaciones y escritos que el filósofo había dejado en el tintero debido a que él mismo se negó a publicaciones póstumas, con gran algarabía, en 2018, la Biblioteca Nacional de Francia anunció el hallazgo del cuarto tomo de la *Historia de la sexualidad* y las posibilidades de su concreción en un libro, el cual, poco tiempo después se traduciría al español.

El estudio de la sexualidad fue un eje clave en la obra del pensador francés, quien, desde cursos tempranos, abordó el tema durante su estancia en las universidades de Clermont-Ferrand y en Vincennes en la década de los sesenta, y posteriormente, le comenzaría a dar forma en su proyecto histórico sobre la sexualidad en Occidente.

El resultado de esa inquietud intelectual fue el primer tomo de *Historia de la sexualidad*, denominado *La voluntad del saber*, en el que se plantea que en el siglo XVII se complica el poder hablar de sexo públicamente. Sin embargo, esa misma prohibición genera que el tema del sexo comience a ser primordial para el ejercicio del poder, e incluso, se incita a hacerlo, pero de una manera velada, discreta. Ese espíritu de encasillar al sexo en lo privado y lo recóndito, en lo velado, se retoma de la pastoral cristiana en la que el sexo es sinónimo de pecado, salvo que tenga fines procreativos, y se aleje del placer. Pero, al ser tan negativo, las personas deben de hablar de él al necesitar confesarse o al ser acusadas de algún delito vinculado con la sexualidad. Para evitar lo anterior, se le debe reglamentar. Por lo tanto, debe posicionarse en el ámbito público como un aspecto que debe ser controlado y regulado mediante diversas maneras y sustentar dicha regulación en discursos "útiles y públicos".

* Michel Foucault, *Historia de la sexualidad*, vol. 4: *Las confesiones de la carne*, Horacio Pons (trad.), México, Siglo XXI Editores, 2019.

Por lo tanto, de manera contradictoria, mientras más se buscó sacar al sexo de la esfera pública, más resquicios se abrieron para que estuviera en todo tipo de discursos, pues su trascendencia es tal que, de manera figurada, debe continuar presente a la sombra de un lenguaje depurado y de una coacción. No sólo en el ámbito moral, sino también en el científico, en el médico, en el artístico, en el psicológico, en el pedagógico, en el demográfico, y prácticamente, en cualquier ámbito.

Esas necesidades de velación del tema de sexo provocaron su enmascaramiento, pero bajo una máscara traslúcida, cuyo rostro detrás de ella es totalmente perceptible. De cierta manera, esa traslación del sexo a las bambalinas es lo que convierte a las sociedades en modernas.

Lo afirma porque a diferencia de otras sociedades, en el pasado, las sociedades modernas establecieron esta prohibición de hablar del sexo como una parte de su característica, pero a la vez, ocuparlo como un mecanismo de ejercicio del poder, que requiere estar siempre presente, en cualquier ámbito. Por ejemplo, el tema de las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo está presente todo el tiempo a partir de la discusión sobre la permisón o el rechazo a los matrimonios igualitarios. O el de la sexualidad de las mujeres, con la discusión pública del tema de la legalización del aborto.

En esta parte de la historia define al dispositivo de la sexualidad como un artefacto para producir discursos sobre el sexo, no en un sentido estricto de cosa, sino como cualquier artilugio cuya finalidad sea detonar el control de la práctica de la sexualidad o vincularla con el ejercicio del poder.

A la vez, plantea dos posibilidades para producir la verdad sobre el sexo. Por una parte, el primer procedimiento es el del arte erótico, concebido como la extracción de la verdad por medio del placer, el cual es tomado como práctica, pero recogido como experiencia. En este terreno, el placer no es considerado como prohibido o permitido, sino que entra en diálogo consigo mismo y se conforma como un saber, no revelado para todas las personas, pero quienes lo poseen pueden guiar a otros para iniciarse en esta degustación del placer. Desde esta perspectiva, quien tiene ese conocimiento puede tener un dominio absoluto de su cuerpo, aspirar a un goce único, olvidar los límites y aspirar a una larga vida.

En contraparte, el segundo procedimiento es el de la *scientia sexualis*, un conjunto de procedimientos que buscan tener conocimiento sobre la sexualidad a partir de métodos como la confesión, que dieron pie a la individualización, a la culpabilización, a la censura, al silencio, y al castigo. Así como al surgimiento de un discurso que encubre a la sexualidad, y la aleja de la posibilidad de su enseñanza y de su iniciación.

Sin embargo, dicha explicación no es suficiente, y considera que una hipótesis represiva de la sexualidad debe modificarse por una hipótesis productiva del poder, ya que en su estudio de la historia de la sexualidad, sustentado en la relación entre el poder y el discurso sobre el sexo, la una se remite a la otra, pero

este tipo de análisis no es suficiente para descifrar lo que ocurre actualmente en este terreno, pues el propio Foucault advierte que puede haber tecnologías del sexo más complejas, no sustentadas en la soberanía y la ley, alejadas de la prohibición. Por ende, se requiere de una retícula histórica en la que el poder no funcione como un elemento prohibitivo, sino que, más bien, se debe pensar en un sexo no regulado por la ley, y de trasfondo, formas de poder en las que no haya una cabeza visible.

Por esas razones, el trazo de su proyecto original, consistente en publicar los tomos: *La carne y el cuerpo*; *La cruzada infantil*; *La mujer, la madre y la histeria*; *Los perversos*, y *Población y razas*, se modificó de manera sustancial. En su lugar se publicaron los tomos dos y tres titulados *El uso de los placeres* y *La inquietud de sí*. El primero de ellos enfocado al pensamiento filosófico y médico de la Grecia clásica, y en el segundo, textos griegos y latinos elaborados al principio de la era cristiana.

Al comienzo del segundo tomo, Foucault explica que su idea original de la historia de la sexualidad tendrá un giro radical, ya que su proyecto no está enfocado a conocer los comportamientos ni las representaciones de las prácticas sexuales, sino a indagar en la sexualidad como una experiencia, es decir, una correlación, dentro de una cultura, de campos del saber, tipos de normatividad y formas de subjetividad. De esta manera se rompe con la idea de que la sexualidad es invariable y sólo se adapta a ciertas formas históricas singulares. Pues, bajo esa premisa, sólo se pueden conocer la formación de saberes que a ella se refieren, los sistemas de poder que regulan su práctica y las formas en las que las personas se reconocen como sujetos de esa sexualidad.

Sin embargo, no se sabe el por qué las personas llegan a reconocerse como sujetos sexuales, identificar cómo han sido llevadas a ejercer el deseo, como han vivido su sexualidad y a configurarse como sujetos de deseo a lo largo del tiempo. Por ello fue que estudió las formas de las prácticas discursivas, las manifestaciones del poder y las modalidades de la relación consigo mismo, por las que la persona se constituye y se reconoce como sujeto.

Para lograr su objetivo de estudiar la sexualidad a partir de la experiencia, recurre a la historia, no como un cúmulo de conocimientos, sino como un análisis de "los juegos de verdad", un ejercicio filosófico en el que se pueda pensar de otro modo. Por ejemplo, para cuestionar por qué surge forzosamente un vínculo entre la moralidad y la sexualidad, y no otras maneras de leer a la sexualidad.

Entre esas formas de descifrar la sexualidad está la opción de indagar en las problematizaciones, debido a que en ellas se vislumbra el cómo puede y debe ser pensado el sujeto y las prácticas que surgen alrededor de dichas problematizaciones. Por ello, requiere de la arqueología, en el sentido de analizar las formas mismas de las problematizaciones, y de la genealogía, para la formación de las prácticas y sus modificaciones.

Bajo esa misma perspectiva, dedica un cuarto tomo de su *Historia de la sexualidad a Las confesiones de la carne*, cuyo punto de partida es la revisión del régimen de los aphrodisia, ese sector de la clase dominante greco-romana, entre cuyas preocupaciones estuvo la regulación del matrimonio, la procreación, la descalificación del placer y el vínculo de afición entre esposos en ciertos sectores de sus ciudades, por lo regular, con cierta relevancia.

Gran parte de estas reglas tenían que ver directamente con las posibilidades de un acto sexual y buscaban legitimar sólo algunas de estas prácticas. De allí que sus postulados se centraran en la búsqueda de las formas correctas del ejercicio de la sexualidad conforme a lo dictado por la naturaleza.

Mucha de esta información deriva de sus investigaciones para el segundo y tercer tomos de su historia, pero la entrelaza con la Doctrina de los Padres del cristianismo, esa cosmovisión religiosa con la que la visión antigua del mundo parece confrontarse y modificarse. Uno de los primeros apuntes del también autor de *El nacimiento de la biopolítica*, es que esta doctrina retoma parte de ese régimen y de un buen número de las ideas que se habían planteado anteriormente por los pensadores de Grecia, y de otras regiones y de múltiples vertientes de conocimiento. De cierta manera, su posición representa una continuidad de estos preceptos establecidos con anterioridad, o más bien, se enriquecen de todos estos antecedentes para darles forma propia con respecto al paso del tiempo.

Pero, también ocurre una mutación del cuerpo a la carne, ya que, en un principio, los dogmas del cristianismo en relación con el cuerpo estuvieron totalmente vinculados con el cuerpo y su uso social, es decir, la manera en que los cuerpos pudieran interactuar, sobre todo, los de los hombres con los de las mujeres. Sin embargo, conforme se fue estableciendo el cristianismo como una religión de mayor alcance, se fue modificando esta noción de vida recta propuesta por los aphrodisia para llevarla hacia un terreno en el que se modificó la noción de cuerpo por el de una experiencia, "el conocimiento y la transformación de sí por uno mismo, en función de cierta relación entre la supresión del mal y la manifestación de la verdad". Lo anterior debido a la introducción de ciertas nociones como la disciplina penitencial y la ascesis monástica, que definieron la relación de las personas consigo mismas, los principios del bien y del mal, la purificación del corazón y la manifestación de las faltas ocultas y la develación de los secretos a través de la confesión.

Por lo tanto, el cuerpo, a través del vínculo sexual, deja de ser el eje de la normatividad de una forma de explicarse el mundo que ya no sólo apela a la convivencia social, sino que "encarna" en las personas las normas, las formas de vivir, la verdad. Es decir, la persona se autoexamina, es el objeto de su propia reglamentación, se autodisciplina y se autorregula conforme a un canon que le exigirá mucha disciplina y le dará pocas opciones de relajamiento.

El punto de rompimiento viene del cambio de la noción de logos, que en el mundo griego era asumido como las leyes universales del mundo y del ser, y con los es-

toicos, como el destino o la razón, a su asociación con Dios, pues en la doctrina cristiana, el logos o verbo es Dios en un primer momento, y en un segundo instante "se hizo carne y habitó entre nosotros", a través de Jesús, "su hijo". Por lo tanto, su vida se convertirá en el modelo de vida a seguir y se romperá el binomio creador-creado, ya que, mientras Dios es perfección al no tener carne, quienes sí están conformados por ella son sujetos de pecado, son imperfectos, y requieren de una vida enfocada a la reflexión, al aislamiento, a la penitencia y al cerrarse en uno mismo, para poder alcanzar esa perfección. Una vida que se aleje de lo mundano, lo terrenal y lo carnal para aspirar a lo divino.

Para esta parte de su obra, analiza a los primeros autores del cristianismo, como Clemente, enfocándose en su texto *El Pedagogo*, mediante el cual, el oriundo de Alejandría encuentra las formas "correctas" de ejercer la sexualidad, y delimita aquéllas en las que se impone el deseo de la carne. En la obra de Tertuliano encuentra la noción de purificación, a través de bautismo, pero ya no en el sentido de que la purificación es la consecuencia del mismo, sino que el bautismo se necesita para que el alma y la persona se purifiquen, para quedar libre de pecado. La otra forma de lograr esa pureza es a través de la confesión de sus faltas.

El mismo Tertuliano y Casiano van a plantear la virginidad como una forma de vida, en un principio, muy selecta, y posteriormente, será una cualidad que se diseminará como una virtud. Pero, como fuera de la vida monacal no podrá cumplirse del todo esta "virtud", deben regularse las relaciones mediante el matrimonio, no sólo como una institución social, sino como una manera de ejercer la sexualidad enfocada a la procreación. Para evitar el desvío de ese objetivo, diversos autores revisados por Foucault, como san Agustín y san Juan Crisóstomo, proponen ciertos deberes para cumplir con la vida matrimonial y evitar la concupiscencia, aquello que no es del agrado de Dios. Aunque también, se advierte la presencia de la libido, una fuerza involuntaria inserta en la voluntad de las personas, pero que las convierte en sujetos del deseo. Por lo tanto, las personas en sí se trasladan al centro del ejercicio de la sexualidad, pues esta libido les puede despertar el deseo, pero también, su control, y por ende, alcanzar la tan ansiada virtud.

La influencia foucaultiana en los estudios sobre sexualidad continúa siendo insoslayable, y con este nuevo volumen de su *Historia de la sexualidad*, se redondean algunas ideas precedentes e inicia una reflexión en la que todas las sociedades influidas por la visión cristiana se sumergen para dar pie a la imposición de ciertas normativas y determinadas restricciones, ciertamente transformadas, pero aún vigentes, en cierto sentido.